

Lo propio y lo alienígena: ciencia ficción e identidad en la construcción imaginaria de Santa Teresa

Gabriele BIZZARRI
Università di Padova

Resumen

Para dar cuenta de la retórica anti-esencialista que informa la representación de lo local en la mejor literatura hispanoamericana del comienzo del nuevo milenio, Andrés Neuman utiliza la metáfora de la proyección de una mirada extraterrestre “sobre lugares teóricamente propios”. La construcción de Santa Teresa, la ciudad imaginaria de la latinoamericanidad bolañana, dialogando a medio camino entre el homenaje y la travesura con uno entre los recursos más reconocibles de la generación del boom, juega muy discretamente con algunos rasgos de la ciencia ficción narrativa como oportunidad para enrarecer, extrañar, darles otra vuelta de tuerca a los clichés identitarios de la tradición sin condenarlos al olvido pero sí pasándolos por el filtro desmitificador de un género menor y heroicamente marginal.

En este trabajo me propongo utilizar las valiosas indicaciones que, con respecto al cruce de cable que se activa en Bolaño entre ciencia ficción y reflexión sobre el lugar de lo periférico dentro de las dinámicas globales, provienen de la novela suya que más explícitamente se relaciona con el género, aclarando así su estatus implícito en *2666: El espíritu de la ciencia ficción*.

Palabras clave: ciencia ficción, identidad hispanoamericana, *2666*, globalización, frontera.

Abstract

In order to illustrate the anti-essentialist narrative that shapes the representation of what's 'local' in the best tradition of Hispano-American literature since the beginning of the new century, Andrés Neuman employs the metaphor of the projection of an extra-terrestrial point of view “upon places which are theoretically domestic”. Provoking a dialogue at a crossroads between the tribute towards and the perversion of one of the most recognizable trademarks of the *Boom generation*, the construction of that imaginary Latin American microcosm which is Santa Teresa plays very discretely with some features of science fiction, employing them as opportunities to queer, twist and turn some traditional clichés about identity, without discarding them, but indeed filtering them through the demythologizing screen of a minor, heroically marginal genre. In order to analyse the ‘cable stitch’ Bolaño activates intertwining science fiction and reflexion upon the position of what's peripheral within a global framework, my purpose in this paper is to use the valuable indications that can be spotted in the novel of his that is most explicitly related to the same genre, thus clarifying its implicit status in *2666: El espíritu de la ciencia ficción*.

Keywords: science fiction, Hispano-American identity, *2666*, globalization, border.

A pesar de toda la tinta vertida, para bien y para mal, sobre uno de los textos más comentados de nuestra contemporaneidad, sigue pareciéndome fundamental y todavía urgente insistir en la importancia de estudiar *2666* dentro de la línea maestra de “lo que se supone debe ser la Gran Novela Latinoamericana” (ni global ni chilena), o sea, en palabras de Rodrigo Fresán, tratar la última prueba narrativa de Roberto Bolaño como una “ingeniosa continuación natural” de la temporada del *boom* (Fresán, 2013: 15), en vez de como un anatema anticanónico, un disparate rupturista o un fruto del desarraigo.

De hecho, sin dejarnos marear por las poses iconoclastas del Bolaño crítico¹ y despistar por la pátina cosmopolita de muchos de sus relatos (con sus geografías enloquecidas y héroes trotamundos), si se mira a la última novela bolañana dentro del panorama latinoamericano del cambio de siglo, donde priman los afanes globalistas, los pruritos de desprovincialización, las parodias venenosas o los *pastiche*s agridulces del metarrelato latinoamericanista², tanto la majestuosidad de su fresco narrativo como la puntual alegoría de lo local que lleva a la fundación, en la frontera entre realidad e imaginación, de ese espacio totémico de lo latinoamericano que se llama Santa Teresa restituyen la impresión de un texto *de la restauración*, en el que —entre las medias tintas y los tonos menores— parece reactivarse la funcionalidad plena de la tradición periférica.

Obviamente, esta consideración tiene que completarse con la sistemática torsión que, justo en el momento en que la completa reanudándola, la narrativa bolañesca le impone a esa línea genética, manchándole sádicamente el pedigrí, contaminándola con aportes culturalmente excéntricos y hasta estéticamente dudosos y, por último, llevando sarcásticamente al descubierto sus automatismos más vergonzosos. No se trata, de hecho, de rehabilitar la herencia directa de una casta de escritores que Bolaño consideró, en cierto momento, como el peor síntoma de esa tendencia a la institucionalización de la cultura que, en “Los mitos de Cthulhu”, llamando abiertamente en causa al “dueto de machos ancianos formado por García Márquez y Vargas Llosa” (Bolaño, 2010: 542), equipara al fascismo (¿la verdadera literatura nazi en América?), ni obviamente de quitarle peso a la intransigente batalla que el escritor emprende para depurar la fruición literaria latinoamericana de todo resabio a folclore, a color local, sino de resituar su obra en el contexto del debate acerca de la sobrevivencia del relato identitario que la precede y, en cierto sentido, ilumina, pues, de hecho, Bolaño dialoga constantemente con sus íconos de referencia, citándolos en territorios inéditos e inhóspitos en donde sus voces acaban por actualizarse derramando significados nuevos³.

¹ Muchos de los textos recopilados en *Entre paréntesis*, de hecho, nos dan buena prueba de ello.

² Véase al respecto Montoya Juárez y Esteban (2008) y Aínsa (2009).

³ Esta es la tesis que he tratado de argumentar en Bizzarri (2017), ocupándome de poner al descubierto el diálogo intertextual que *2666* mantiene con el corpus narrativo del *boom*. Por lo que se refiere al tema, sin lugar a dudas neurálgico tanto para aquel como para este ensayo, de ‘lo latinoamericano’ en Bolaño, merece la pena, sin lugar a dudas, mencionar el brillante artículo de Patricia Espinosa (2003) y el capítulo de su libro que Chiara Bolognese le dedica a la *formación de una identidad*, estrenando ambos trabajos una pista muy productiva al vincular la reaparición de la silueta, cada vez más desdibujada dentro de la reflexión actual, del continente de las mil y unas utopías con tópicos tan fundamentales en la poética de nuestro autor como lo son la *hibridez*, la *resistencia*, la *intemperie* y la *marginalidad* (Bolognese, 2009). Se podría, yo creo, vislumbrar en Bolaño la propuesta de una latinoamericanidad simbólica donde lo local aprende

Aquí me ocuparé de describir una entre las muchas estrategias de reactivación por extrañamiento de los tópicos de la autoctonía que convierten *2666* en un caso muy especial de novela global, una muy consciente de su lugar en el mundo, perfectamente leíble quizás sólo apreciando ciertos *tics* del canon periférico: me refiero al juego con la ciencia ficción que, desde el mismo título, se activa como un guiño discreto, enigmático, hasta engañoso a primera vista y que, en cambio, habrá que poner en relación de contigüidad directa con la propuesta de espacialización identitaria que justifica la construcción imaginaria de Santa Teresa.

Mestizando las palabras de dos escritores argentinos que se merecieron el aplauso y la amistad de Roberto Bolaño, Rodrigo Fresán y Andrés Neuman, podemos considerar Santa Teresa como una *boomtown* sobre la que se va proyectando sistemáticamente una mirada *extraterrestre* (Neuman, 2009) que se desliza por la superficie de lo teóricamente propio según las pautas de una experiencia de desposesión. Si, por un lado, en este *monstruum* definitorio, resuena claramente el discurso de la continuidad (una cuerda tensa que nace en Macondo y termina en Santa Teresa), por el otro, se aprecia también el *desprejuicio territorial* y la retórica antiesencialista que, de *Mcondo* en adelante, ha procedido a desmitificar la representación del espacio sagrado de lo local: precisamente en este intersticio teórico me parece oportuno colocar el latinoamericanismo de segunda cosecha de Roberto Bolaño.

Pues, ¿de qué forma la ciencia ficción contribuye a construir la imagen bolañesca de América Latina, y cómo el escritor utiliza sus motivos y su ideario para ensayar una nueva teoría de la identidad y la relación?

Dejando por el momento de lado los únicos dos casos de ciencia ficción manifiesta que aparecen en *La parte de Archiboldi*, es decir, el resumen de los argumentos de *El Ocaso* de Ansky y *El tren de los Urales* de Ivánov, dos clásicos imaginarios del género que participan en el delirio digresivo que, como sabemos, define la escritura de nuestro autor⁴, se puede decir que la ciencia ficción informa más genéricamente *2666* de dos maneras: por un lado, metafóricamente, como un repertorio de imágenes marcadamente connotadas que servirán para engrosar, precisamente extrañándolo, el poderoso caudal de la representación imaginaria de América Latina y, por otro, epistemológicamente, como sistema de reglas, modelo o paradigma que inspira el funcionamiento del espacio creado por la ficción para decir lo americano, tanto dentro de su propia órbita como en relación con los otros 'planetas' del sistema geopolítico contemporáneo, según el principio de la desarticulación antidualéctica. De hecho, siguiéndole el rumbo a Brian McHale (1987) que considera la novela de ciencia ficción como el emblema más perfecto del *postmodern turn* por lo que se refiere a la conformación del saber, dentro del episteme enloquecido de Santa Teresa la indicación de la copresencia paralela de diferentes planetas autónomos, responsables, cada uno de ellos,

a *deslocalizarse*, y Latinoamérica a hablar *fuera de sí*, convirtiéndose en el espacio abismático (y paradójico) en el que se concentra la naturaleza irremediamente errante de las señas identitarias contemporáneas.

⁴ Se trata, en realidad, de dos gotas en el mar significativamente despreciables si pensamos que, como señala Fava (2017), se pueden contar hasta ochenta y una narraciones intercaladas referibles a los géneros y registros más diversos a lo largo de la novela.

de su propia experiencia de la verdad, proporciona al texto la fuerza disgregadora que rebaja las ambiciones todavía modernistas del policial bolañesco, pues a la imagen centrípeta del rompecabezas por recomponer se sustituye la centrífuga de la proliferación de “mundos” empilados, autárquicos y no comunicantes⁵. El eco de este modelo anticomunicativo que proviene del género encontrado –la sensación de lo vano, desesperado, y hasta peligroso, potencialmente destructivo del contacto– parece también servirle a Bolaño para sugerir el rumbo distópico al que su escritura destina el espejismo de la intercultura y la negociación fronteriza que, de hecho, en *2666*, se vuelven improbables, absurdos y amenazadores como encuentros cercanos del tercer tipo.

Es casi imposible no volver a leer en esta perspectiva un pasaje citado *ad nauseam* por los comentaristas pero que quizás nunca se ha pensado considerar como la primera manifestación, informe y embrionaria, del género literario con el que el texto ominosamente anunciado decidirá coquetear. Como se acordará el lector de *Amuleto*, *2666* recibe su bautismo a raíz de una alucinación nocturna de la madre de la poesía latinoamericana que transforma las calles de México DF⁶ en “un tubo transparente”, en “un pulmón cuneiforme⁷ por donde pasan las exhalaciones imaginarias de la ciudad”, y luego en “un cementerio del año 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acuosidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo” (Bolaño, 2009: 76-77).

Si tomamos por buenas las palabras de Auxilio Lacouture, mucho más que el reflejo mimético de Ciudad Juárez, la extensa ciudad en el desierto se edifica en las intenciones tempranas del autor como *un planeta extraño*, levantado según los principios de una arquitectura futurible, un espacio enrarecido hasta lo irreconocible, no sólo para

⁵ Sobre la cuestión del policial (o del policial imposible) en Bolaño, sin lugar a dudas el género ‘menor’ con el que más juguetea el escritor chileno, habrá que señalar por lo menos Trellez Paz (2005), De Rosso (2006) y Pezzè (2009). En cambio, acerca de la relación, seguramente más escasa, que su literatura mantiene con el proceloso y variado caudal narrativo de la ciencia ficción apenas se ha escrito. Resulta emblemático de la tendencia generalizada de la crítica a no tomarse en serio las muchas alusiones y homenajes que Bolaño le dedica a lo largo de su entero macrotexto el título de la reseña que Xavi Ayén le dedica en *La Vanguardia* a la última novela rescatada de sus archivos personales, es decir *El espíritu de la ciencia ficción*: “Enigmas que **no son** ciencia ficción” (2016, la negrita es mía).

⁶ La metrópolis mexicana es el escenario (autobiográfico) en el que se perfila el retrato del artista adolescente, donde los jóvenes *alias* del autor aprenden a medir fuerzas tanto con los secretos de la vocación literaria como con los enigmas de su condición de sujetos latinoamericanos después de la caída de ésa entre muchas otras utopías. Este espacio ‘real’ está a punto de dejarle el testimonio a Santa Teresa como proyección ficcional de las inquietudes identitarias personales y colectivas.

⁷ A una conversación con Francesco Fava le debo la impresión, persistente, de que para la imagen sorpresiva del tubo transparente con forma de pulmón Bolaño se haya dejado inspirar por el lejano recuerdo de una secuencia de *E.T.* de Steven Spielberg. Sin contar que también el poema “Mi vida en los tubos de supervivencia” –que aparece por primera vez en *Los perros románticos*– trapichea con una imagen parecida, enlazando la ciencia ficción con el extrañamiento ambiental que define la condición del exiliado: “Y como era listo y no estaba dispuesto a ser torturado/en un campo de trabajo o en una celda acolchada/me metieron en el interior de este platillo volante/y me dijeron vuela y encuentra tu destino” (Bolaño, 2007: 377).

los incautos visitantes (piénsese en los críticos por ejemplo, que ocultan la sensación hostil que les comunica su llegada detrás de una risa nerviosa⁸), sino además para los *indígenas* que lo habitan, quienes, como por mutación genética, parecen también experimentar lo propio como si estuvieran recién bajados de una nave espacial. El embozado alucinamiento de estos seres extraños hasta para sí mismos queda convenientemente captado por una descripción metafórica que aprovecha la ciencia ficción distópica para sugerir que el componente principal y definitorio de “las exhalaciones imaginarias” que provienen, hoy en día, de América Latina es un gas letal que se llama desmemoria.

Si la primera tentación es la de archivar el uso, para manejar la categoría de lo autóctono, de un discurso, por un lado, tan barato, tan marcadamente connotado en sentido kitsch y, por otro, tan descaradamente sectorial como el de la ciencia ficción, entre las estrategias que apuntan hacia la descatalogación del abusado cliché de la identidad local, castigando su incidencia engorrosa en el canon, arrastrándolo en el desprestigio, sugiriendo lo manoseado de sus recursos y lo estéril de su serialización, en realidad, el cruce de cable que en Bolaño se activa entre las dos jergas, el código postcolonial y el de la ciencia ficción, parece de antemano más substancial, y la intención de reactivar las vivencias de lo local rescatándolas del blanqueado identitario, o desconexión neurológica, operada por la globalización sitúa de plano a Bolaño en un territorio afín al de la resistencia *cyberpunk*⁹, cuya profética denuncia de un futuro habitado por autómatas esclavizados por el sistema se presta a decir el presente de una América que la ilusión de la proximidad global ha convertido en olvidadiza y pasiva.

De hecho, la descripción de esa ideal metonimia del espacio de Santa Teresa que es el inmenso basurero urbano que se merece el nombre de El Chile, verosíblemente el lugar en donde se condensan las exhalaciones simbólicas más rabiosas de la lectura bolañesca de América, le da la oportunidad a Bolaño de disfrutar con ese placer perverso tan típico de la ciencia ficción de bolsillo, convirtiéndose en antropólogo de lo irreductiblemente exótico e inaudito y armando la descripción etnográfica del *otro mundo*. En la panorámica postapocalíptica del vertedero, empapado en una atmósfera innatural que embota los sentidos y desdibuja los perfiles de las cosas (“como si por aquellos lugares hubiera caído una bomba atómica y nadie se hubiera dado cuenta”, Bolaño, 2004a: 752), lo nombrado estrictamente como propio, lo más próximo si se piensa en la mención grotesca de la patria chica, se convierte por inversión en algo alienígena, y el generalizado enrarecimiento descriptivo sostiene ecos encontrados en los que, al lado de un sinfín de otros guiños dispares, parecen enlazar un sorprendente diálogo las crónicas de Indias y las crónicas marcianas. Lo más llamativo llega cuando la cámara lenta de la escritura capta un atisbo de movimiento y, por esas dunas aparentemente incompatibles con la vida, se vislumbran las siluetas de los indígenas, la tribu de los

⁸ “Les pareció tan caótica que se pusieron a reír”, “un medio hostil cuyo lenguaje se negaban a reconocer, un medio que transcurría paralelo a ellos” (Bolaño, 2004a: 150). En esta descripción de dos dimensiones contiguas e impermeables se prepara la *ciencia ficción* que va a connotar el vertedero por el que merodea atónito el detective norteamericano Kessler en “La parte de los crímenes”.

⁹ Consúltese al respecto Teresa López-Pellisa (2015).

“afectados”, las víctimas de una catástrofe sin nombre cuyas circunstancias y causas se han perdido en la más total inconsciencia y que ahora, como prodigiosos mutantes que se han adaptado a las condiciones deshumanas del lugar, se pasean lobotomizados, “gente que vive en otra dimensión y cuyas miradas ya [...] no se adhieren a nuestra piel, nos traspasan” (Bolaño, 2004a: 753), intocables y perfectamente extraños, como extraterrestres, como agambenianos *homines sacri*.

Por otro lado, si le cambiamos el disfraz, los modelos, el intertexto a esta intervención socioantropológica, esas miradas *separadas* e irrescatables, directamente generadas por el “párpado muerto o nonato” inicial, guardan un parentesco evidente con las de los macondinos después de la *bojarasca* y el diluvio, cuya falta de memoria identitaria convertía en bestias mitológicas incapaces de aponerle un filtro al descontrol de la modernidad, de separar críticamente lo propio y lo ajeno, destinándolos a padecer la violencia sistemáticamente impartida, los sistemas de homologación y anexión de la colonia, como un cataclismo natural, un prodigio mágico... una invasión extraterrestre.

En este sentido, la fundación de Santa Teresa entronca perfectamente con el apocalipsis de Macondo, insistiendo su deslavado cementerio sin lápidas, su desierto marciano, sobre las ruinas del pueblo expresamente fundado para servir la utopía de la preservación del recuerdo de lo autóctono.

Sin querer imputarle a Bolaño la inocencia de un macondismo trasnochado, es llamativo que los estragos de la soledad y el olvido —a saber, los verdaderos responsables de la conversión de los vecinos de Santa Teresa en inquietantes y desapasionadas criaturas alienígenas— vuelvan a ser pertinentes en la caracterización de un espacio que, en primera instancia, tendría que funcionar como paradigma de la relación y la continuidad¹⁰. De hecho, parece ser precisamente la sombra hipnotizadora de la frontera, la ridícula cercanía de ese gran monumento que define y ordena los intercambios reales y simbólicos de la periferia con el centro según la impresión falsa de la proximidad, lo que paradójicamente segrega a “los afectados” en otra esfera de la percepción.

Estas consideraciones dependen, en gran medida, de la lectura de la última novela recién sacada de los cajones del taller bolañesco, sin duda alguna el texto más revelador con respecto a la chispa que en cierto momento tuvo que saltar, en la mente de este aprovechado de los géneros menores, entre *el espíritu de la ciencia ficción* y la condición americana¹¹.

¹⁰ En su clásico estudio *Culturas híbridas*, Néstor García Canclini, estrenando una línea de investigación que va a radicalizarse en los así llamados *Border Studies*, describe la franja fronteriza que separa México de Estados Unidos, sobre todo la ciudad de Tijuana, como un laboratorio para la experimentación post-identitaria, un taller en el que se aflojan los paradigmas de la otredad y se cosechan (o se simulan) los productos del contacto.

¹¹ La bibliografía sobre *El espíritu de la ciencia ficción*, como es obvio, es todavía muy escasa. Sin embargo, merece la pena citar por lo menos la reseña de Álvaro Bisama (2017) quien, muy lúcidamente, destaca el gran homenaje que le tributa Bolaño a la *science fiction* estadounidense de la década de los 70, considerada, por un lado, como una inagotable fuente de inspiración alternativa para el escritor cachorro que aprende

De las tres tramas paralelas que la componen –paralelas y, sin embargo, como veremos, sutilmente enlazadas por la acción transtextual de un misterioso *viajero* que lleva el nombre de Boris¹²–, la ciencia ficción resulta central en las dos que proyectan hacia afuera (antes, después, más allá...) el archiconocido relato de dos adolescentes chilenos perdidos, con sus libros y su bohemia, por las calles del DF, fantaseando direcciones y desenlaces posibles para la “escena ideal alrededor de la cual podían girar todas las imágenes y los deseos: un joven de un metro setenta y seis, con jeans y camiseta azul, detenido bajo el sol en la avenida más larga de América” (Bolaño, 2016: 29), imagen en la que el posibilismo libertario de la contracultura se encuentra a medio camino con el desamparo que define lo propio del joven latinoamericano *on the road*.

En la primera de estas dos tramas centrífugas, Jan Schrella, arrinconado en su buhardilla, pasa las noches enviándoles cartas febriles a los maestros de la ciencia ficción transfronteriza, estadounidense, y en algunos casos hasta a sus personajes más célebres, tratando de franquear, con sus apasionados mensajes embotellados, una distancia que parece poder calcularse tan sólo utilizando la medida de los años luces. Enardecido por el recuerdo, a la vez heroico y patético del “único escritor de ciencia ficción de mi país”, que se consagra al más rotundo de los fracasos por soñar con viajes interplanetarios y otras cosas “tan lejanas” desde lo remoto de su aislamiento periférico (Bolaño, 2016: 23), el escritor adolescente, matizando lo desafortunado de su empresa con la ironía, traba puentes imposibles (“túneles de plástico transparente”) para comunicarse con las otras galaxias de la cultura y el saber, imagina el contacto como aventura y empecinamiento de la imaginación. En este sentido, la referencia a la ciencia ficción se presta a vehicular una versión actualizada del relato de la soledad de América Latina, imponiéndole un giro tragicómico y definitivo. Ahora Macondo ya no está rodeado por el mar sino que por un interespacio insondable y refractario que dispara multidimensionalmente las posibilidades del naufragio y el extravío: más allá del bosque de noche que le rodea, cebando a la vez el deseo y el miedo, parpadean malévolos, firmemente anclados en su irradiante misterio, “los pueblos más lejanos y las estrellas más distantes” (Bolaño, 2016: 19).

Cada una de estas cartas, de hecho, puede considerarse como una variación alrededor del motivo de la frustración comunicativa que se registra como parte integrante de la condición americana (“Intento aprender, estudiar, observar, pero siempre vuelvo al punto de partida: es duro y estoy en Latinoamérica, es duro y soy latinoamericano”): rodeado por “los borradores de la que algún remoto día [podría llegar

allí a liberarse de las rigideces del canon y, por otro, como un gran significante, un síntoma, de la Era de la Revolución, hacia la que toda la novela, de hecho, dirige una mirada entrañable y nostálgica.

¹² Muy esquemáticamente, las tres tramas: 1) Jan y Remo (el narrador), el primero desde la reclusión absoluta de su habitación, el segundo pisando las calles y saboreándolas hasta la última gota, son los detectives salvajes lanzados al descubrimiento de los secretos (literarios) de la metrópolis; 2) Se nos desvela el contenido de cada una de las cartas que Jan Schrella les envía a sus paladines: los delirantes campeones de la literatura de ciencia ficción norteamericana; 3) Durante una fiesta, la que se da para homenajear al ganador de un concurso literario, una entrevistadora mexicana escucha de la viva voz de su autor el argumento de la obra galardonada: se trata del alucinante prototipo de la primera gran novela de ciencia ficción latinoamericana.

a] ser una novela de ciencia ficción” (Bolaño, 2016: 136), en la espera de que, a saber, una maquinaria imposible o una nave extraterrestre le rescate del aislamiento, el futuro escritor latinoamericano, marcadamente escéptico con respecto a las posibilidades de integración teórica y pragmática de las identidades periféricas, claramente de vuelta de tanta retórica postcolonial, pasa sistemáticamente los relatos de lo local por la lente deformadora de lo improbable y alucinado, encontrando sarcásticas afinidades con la parafernalia del género menor. El encuentro fundacional entre el colonizador y el colonizado, el glorioso acercamiento entre cepas diferentes, se convierte en el enfrentamiento sangriento, en el infecto patio interior de una pulquería, entre el “turista y el nativo”, “el extraterrestre y el terrícola”, poco más que una leyenda urbana o un cuento de borrachos, cuyo intrascendente desenlace y cuyas consecuencias, a estas alturas, ya carecen de todo interés. El mecanismo del viaje interplanetario lanzado al descubrimiento de otros planetas toma invariablemente, en el horizonte enfebrecido del aficionado lector, los visos de una invasión violenta, de una *reductio ad propium* a la que se le apone el sello de lo “nazi” (“aquella nave era el Reich del Milenio”, Bolaño, 2016: 66), haciéndole eco, obviamente, a la “historia descompuesta”, tantas veces “desarmada y vuelta a armar” (Bolaño, 2004a: 264) de América Latina¹³ y que, si tantos bienintencionados teóricos culturales dejaran de una vez de darle la vuelta, sostendría, desde la Colonia hasta hoy, una interpretación unívoca y de lo más sencilla: “por entre las siluetas de las montañas comienzan a aparecer las naves, Chile empieza a hundirse junto con Latinoamérica, nosotros nos convertimos en fugitivos, ustedes, en asesinos” (Bolaño, 2016: 82). En esta perspectiva, se vuelven ridículas todas las propuestas identitarias de la mediación, tanto las más antiguas (el mestizaje, la transculturación, la hibridez), como las más actuales, las que precisamente señalan la condición fronteriza como disponible a la experimentación de estrategias relacionales basadas en la fluidez y la transitividad: la última carta de la colección entierra estas opciones en el que se parece al sueño mojado de un adolescente salido, que fantasea con una nave espacial de tripulación mixta donde “los latinoamericanos y norteamericanos” se empeñan en practicar fantásticas orgías por el bienestar de los futuros ciudadanos de las Américas unidas.

La impresión de que el *espíritu de la ciencia ficción* le sirva a Bolaño para hacer circular de nuevo, después del ocaso de los sueños culturales y las revoluciones sociales que, en cierto momento, pusieron de moda el proyecto América Latina acercándolo al mundo, el viejo relato de la soledad, sugiriendo lo patético y a la vez lo necesario de su reactivación ante la simulación de la proximidad globalizada¹⁴, queda confirmada por el

¹³ El lector reconocerá aquí un pasaje fundamental del diálogo que, en *2666*, Amalfitano va llevando con las voces de su origen, los espíritus inquietos de su chilenidad, un diálogo que le lleva al borde de la locura y desemboca en la aparición enigmática de la gran nave americana de la identidad errante: “una especie de azogue, el espejo americano [...], el triste espejo americano [...] de las continuas metamorfosis inútiles, el espejo que navega y cuyas velas son el dolor” (Bolaño, 2004a: 264).

¹⁴ No puedo dejar de citar una de las entradas más sugerentes del impresionante y coherente catálogo que, en la novela, reitera la desarmante sensación de lo *perdidas en el espacio* que se encuentran, hoy en día,

relato *en abyme*, que nos da la posibilidad de meter la nariz en la novela escrita por un anónimo que bien podría ser el mismo Jan Schrella convertido, en esta galaxia textual paralela, en el ganador de un prestigioso premio literario dedicado a las expresiones locales de un género tradicionalmente identificado con la proyección de los fantasmas (los deseos y los miedos) de la modernidad occidental: aquí, en un pueblo espantosamente remoto “cerca de los Andes, en el sur de Chile”, desde el techo de un granero donde se almacenan las patatas, el *encargado*, sintonizando pacientemente un radiotransmisor que es puro prodigio retrofuturista, “busca en las ondas un mensaje que no llega” hasta dormirse acunado por los “chirridos de la estática” (Bolaño, 2016: 48). Hasta que el patatal que rodea la estructura, como un parque de la continuidad cortazariana, se convierte en un nudo de inverosímiles intersecciones, en un umbral que facilita el encuentro entre espacios y tiempos diferentes, y la prosaica Academia de la Patata de un municipio rural de la comunidad de Biobío se nos desvela parte integrante de una red secreta e invisible de complicidades universales que se va armando por encima o por debajo del ilusorio entramado de la globalización¹⁵. De hecho, la voz que un día milagroso estalla en el medio de la estática “como una bomba largo tiempo esperada”, quedando interceptada por la máquina que re-codifica los ardientes deseos de contacto de las periferias, no proviene del otro lado de la frontera que separa América latina del primer mundo, el inerte monolito a cuyo costado se apoya vanamente la construcción imaginaria de Santa Teresa, sino que de una trinchera de la segunda guerra mundial, desde donde el teniente de la caballería francesa Boris Lejeune trata de defenderse del asalto de los alemanes. En realidad, este personaje se va perfilando como un personaje colectivo, una entre las muchas emergencias históricas de una comunidad errante que, invariablemente, se relaciona con la resistencia desesperada y la diáspora de una utopía, la marxista, que, junto con la de los viajes en el espacio, le confiere un nombre de pila eslavo a sus integrantes: Boris Gutiérrez, republicano español destinado al campo de concentración; Boris Voilonovic, fallecido durante la campaña de Rusia; el aviador inglés Boris McManus caído en picada en el medio de la acción..., hasta llegar a la sospecha de un molde. El primer Boris, el que parece ordenar la serie, es “un muchacho común y corriente” (Bolaño, 2016: 99) cuyo destino se ha cruzado un día con las aristas agudas de la *Historia paradójica de América Latina*¹⁶ y en cuyo desdibujado

las huellas culturales de lo local: “Un viejo disco de Agustín Lara en el borde exacto de la nada” (Bolaño, 2016: 113).

¹⁵ No está de más señalar que esta idiosincrática declinación de lo local, la ridícula Academia de la patata aislada en su prosopopeya ruralista, es en realidad una coartada detrás de la que se esconde una de las aulas de la Universidad desconocida, la sucursal latinoamericana de esa institución simbólica del aprendizaje informal que Bolaño disloca a lo largo de las épocas y las geografías. Menos aún, en este contexto, podemos omitir destacar que el nombre de la sociedad secreta inventada por Bolaño proviene de un relato de ciencia ficción de Alfred Bester, “The Men who Murdered Muhammed” (1959): se trata de una variación ingeniosa, virando hacia lo distópico, del motivo clásico de la máquina del tiempo, lo cual nos vuelve a señalar la centralidad absoluta, en *El espíritu de la ciencia ficción*, de la nostalgia por la era perdida de la revolución.

¹⁶ Este es el título del único volumen que no tiene que ver con el cultivo de la papa presente en las estanterías de la Academia, “un mamotetro de quinientas páginas profusamente ilustrado por el propio

perfil se vislumbra un recuerdo identitario especialmente expresivo. De hecho, en el primer nivel de la narración, los dos escritores adolescentes perdidos en el DF parecen estar tratando de elaborar con sus desordenadas pesquisas metropolitanas la huella imborrable de una aventura ‘originaria’, fracasada y traumática, algo así como un contundente “recordatorio chileno” que los acompaña como un amuleto: “Jan y yo andábamos buscando a Boris, un amigo, y no sólo no lo encontramos sino que caímos nosotros” (Bolaño, 2016: 199). La sombra de ese compañero extraviado, con toda probabilidad *desaparecido* en un cuartel pinochetista, que se entrevé detrás de cada uno de los viajeros espacio-temporales que componen la cofradía, ancla firmemente la vocación errática de los héroes bolañescos a una marca de la proveniencia insuperable, convirtiendo a “Boris”, citando otra vez a Cortázar, en algo así como un *paredro* portátil de la identidad americana, a medio camino entre el estigma victimario, la divinidad tutelar y la muletilla surrealista.

Lo cual nos lleva a repensar los visos globalistas de la obra mayor.

Cuando el autor de la novela de los Boris, situándose en lo más vivo del debate literario de los años 2000, declara “en realidad no hay escenarios europeos en mi humilde ópera prima”, la sensación es la de escuchar a Bolaño quitándole madera al asunto de las líneas cosmopolitas que se entrelazan en la endiablada madeja de *2666*, asociándolas, todas ellas, con variaciones sobre la misma historia solitaria, la latinoamericana, que va buscando en las “extrapolaciones” –las fantasías de contacto que en el estreno literario de Jan Schrella aprovechan los tropos de la ciencia ficción– la posibilidad de franquear “las puertas [...] que nos han tapiado” (Bolaño, 2016: 133-134).

No me parece un dato despreciable el hecho de que lo que lleva, o mejor dicho, trae de regreso a Santa Teresa el *reiter*, el *eternauta* Archimboldi, es el ‘espíritu’ de un escritor de ciencia ficción ruso que se llama Borís Ansky, cuya inquietante obra maestra supera la praxis de un género que, en otras manos, se ha prestado a vehicular la imposición triunfal de un dogma, la “fórmula” cursi e insufrible del “futuro radiante” (Bolaño, 2004a: 891) emanando de un delirio imperialista de cepa ideológica intercambiable¹⁷. En *El ocaso* priman en cambio los fantásticos encuentros por el espacio de lo posible entre los intrépidos viajeros del intelecto, los expulsados por sus respectivos *planetas*, conforme con las “ideas disparatadas”, las “visiones siberianas”, las “incursiones en tierras malditas, el caudal de experiencia salvaje” (Bolaño, 2004a: 891) de un tránsito de todo lo culturalmente e ideológicamente establecido que, buscándole correspondencias a lo bárbaro, excéntrico, irremediabilmente solitario de su

autor y en donde se narran infinidad de anécdotas, la mitad de las cuales no suceden en Latinoamérica” (Bolaño, 2016: 54).

¹⁷ Como decía al principio, aquí Bolaño propone el contrapunto entre dos relatos de ciencia ficción muy diferentes entre sí: ambos se publican con firma de Ivánov, el humilde funcionario de la literatura que busca el plauso del partido y procura adherirse a las indicaciones de la “inventiva comunista”, pero una de ellas proviene, sin lugar a dudas, de la barbárica cosecha creativa del real-visceralista ruso-judío Borís Ansky, quien acepta ocultar su autoría a cambio de la invisibilidad política. No por nada su novela le resulta sospechosa al mismísimo Stalin.

condición, mediante la ayuda de un platillo volador, “traza una ruta” visionaria que comunica una *isba* abandonada con el México de Pancho Villa.

Así, Santa Teresa, el “cementerio olvidado”, el basurero postapocalíptico en trance de convertirse en una ciudad clon de las del norte¹⁸, recupera *por ciencia ficción* el componente utópico implícito, desde sus albores, en el recurso de la fundación imaginaria, perfilándose como un portal abierto por debajo de la puerta clausurada de la Gran Frontera, a través del cual Latinoamérica, aferrándose a sus memorias solitarias, identificándose con sus recuerdos de exclusión, logra interceptar y concentrar los mensajes dispersos que provienen de otras galaxias igual de remotas e inhóspitas en una estructura de tipo conspirativo.

Por esta vía, Bolaño reconstruye la imagen de una comunidad, hasta diría que el sueño de lo comunitario, *localizando* en Latinoamérica las líneas quebradas de la revolución, los zigzagueos de la errancia y las trincheras de la resistencia al imperio de lo uniforme.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, ROBERT (2000): *Science Fiction*, London: Routledge.
- AGAMBEN, GIORGIO (2005): *Homo sacer. Il potere sovrano e la nuda vita*, Torino: Einaudi.
- AÍNSA, FERNANDO (1987): *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid: Gredos.
- AÍNSA, FERNANDO (2009): *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertinencia*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- ARECO, MACARENA (2008): “Ciudad, espacio y ciberespacio en la ciencia ficción chilena reciente: tres versiones del laberinto”, *Acta Literaria*, 37, pp. 25-42.
- ARECO, MACARENA (2015): “Visión del porvenir y espejo del presente: una panorámica de casi siglo y medio de ciencia ficción chilena”, en Areco, Macarena (coord.): *Cartografía de la novela chilena reciente: realismos, experimentalismos, hibridaciones y subgéneros*, Santiago de Chile: Ceibo Ediciones, pp. 115-133.
- AYÉN, XAVI (2016): “Bolaño, enigmas que no son ciencia ficción”, *La Vanguardia*, 30/10/2016.

¹⁸ Como se recordará, en “La parte de Fate” el periodista sonarense Chucho Flores se jacta con el protagonista del brillante futuro hacia el que se va encaminando su ciudad. Sólo es cuestión de tiempo: “¿Tiempo para qué?, pensó Fate. ¿Tiempo para que esta mierda, a mitad de camino entre un cementerio olvidado y un basurero, se convierta en una especie de Detroit?” (Bolaño, 2004a: 362).

- BISAMA, ÁLVARO (2017): “Apuntes sobre el propio pasado”, *Qué pasa*, <http://www.quepasa.cl/articulo/cultura/2016/11/apuntes-sobre-el-propio-pasado.shtml/>.
- BIZZARRI, GABRIELE (2017): “Muerte y resurrección reescritural de la ‘identidad hispanoamericana’ en Roberto Bolaño”, en Pini, Donatella; Bizzarri, Gabriele; Vélez Posada, Andrés; Cuartas, Juan Manuel (coords.): *Rescritura. ¿Lógicas de la repetición?*, Medellín: Fondo Editorial EAFIT.
- BOLAÑO, ROBERTO (2004a): *2666*. Barcelona: Anagrama.
- BOLAÑO, ROBERTO (2004b): *Entre paréntesis*, Barcelona: Anagrama.
- BOLAÑO, ROBERTO (2007): *La Universidad Desconocida*, Barcelona: Anagrama.
- BOLAÑO, ROBERTO (2009): *Amuleto*, Barcelona: Anagrama.
- BOLAÑO, ROBERTO (2010): *Cuentos*, Barcelona: Anagrama.
- BOLAÑO, ROBERTO (2016): *El espíritu de la ciencia ficción*, Madrid: Alfaguara.
- BOLOGNESE, CHIARA (2009): *Pistas de un naufragio. Cartografía de Roberto Bolaño*, Santiago de Chile: Margen.
- CAMPRA, ROSALBA (1987): *América Latina, la identidad y la máscara*, Madrid: Siglo XXI Editores.
- DE ROSSO, EZEQUIEL (2006): “Una lectura conjetural. Roberto Bolaño y el relato policial”, en Manzoni, Celina (ed.): *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor, pp. 133-143.
- ECHEVARRÍA, IGNACIO (2002): “Una épica de la tristeza”, en Manzoni, Celina (ed.): *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor, pp. 193-196.
- ESPINOSA, PATRICIA (2003): “La literatura latinoamericana: violencia sistémica y resistencia”, *Taller de Letras*, 32, p. 117.
- FAVA, FRANCESCO (2017): “*Progressus in infinitum*: narraciones intercaladas y arquitectura textual en *2666* de Roberto Bolaño”, *Orillas*, 6.
- FRESÁN, RODRIGO (2013). “Boomtown o diario para una relectura de *Cien años de soledad* y apuntes para un proyecto de serie para la HBO”, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/boomtown-o-diario-para-una-relectura-de-cien-anos-de-soledad-y-apuntes-para-un-proyecto-de-serie-para-la-hbo/>.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Madrid: Paidós Ibérica.
- LINK, DANIEL (1994): *Escalera al cielo. Utopía y ciencia ficción*, Buenos Aires: La Marca.
- LÓPEZ-PELLISA, TERESA (2015): *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- MCHALE, BRIAN (1987): *Postmodernist fiction*, London: Routledge.
- MONTOYA JUÁREZ, JESÚS; ESTEBAN, ÁNGEL (2008): *Entre lo local y lo global. La narrativa latinoamericana en el cambio de siglo (1990-2006)*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- MORENO, FERNANDO (2013): “Para una poética del imaginario espacial en la narrativa de Roberto Bolaño”, *Mitologías hoy*, 7, pp. 153-162.

- NEUMAN, ANDRÉS (2009): “Discurso de recepción del premio Alfaguara”, en *El viajero del siglo*, Madrid: Alfaguara.
- PEZZÈ, ANDREA (2009): *Marginalità della letteratura poliziesca ispanoamericana. Il caso del Cono Sud (Walsh, Piglia, Saer e Bolaño)*, Roma: Aracne.
- RÍOS BAEZA, FELIPE A. (2013): *Roberto Bolaño. Una narrativa en el margen. Desestabilizaciones en el canon y la cultura*, Valencia: Tirant Humanidades.
- TRELLEZ PAZ, DIEGO (2005): “El lector como detective en la narrativa de Roberto Bolaño”, en Moreno, Fernando (coord.): *Roberto Bolaño. Una literatura infinita*, Université de Poitiers-CNRS, pp. 147-157.